REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo XIII | Lima, Abril de 1945 | Número 1

LA ULTIMA CONFERENCIA DE RIVA-AGÜERO

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

En la época en que me cupo el honor insigne de desempeñar el cargo de Presidente Seglar de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana, organicé varios ciclos de conferencias de alta cultura religiosa: uno sobre los peligros de la herejía protestante; otro sobre la doctrina social de la Iglesia; otro sobre los problemas de la educación estudiados desde el punto de vista cristiano. Las más grandes figuras intelectuales del Perú — Honorio Delgado, Guillermo Hoyos Osores, Víctor Andrés Belaunde, Mariano Iberico, para no citar sino a unos pocos — se pusieron una vez más al servicio de la causa de la Verdad, y dieron conferencias realmente magníficas.

No necesito decir que cada vez que organizaba estas conferencias solicitaba el concurso de ese formidable intelectual católico que era José de la Riva-Agüero. Sin embargo, por diversas razones fué imposible lograr que tomara parte en ninguno de los primeros ciclos; lo cual fué ciertamente muy lamentable. Por fin, al organizar el tercero, sobre la doctrina de la Iglesia en materia de educación, me propuse que lo iniciase Honorio Delgado y lo clausurase Riva-Agüero, y lo comprometí con tal formalidad y tan premiosa instancia, que conseguí orientar sus actividades en esa dirección durante algunas semanas. Esto era indispensable, porque cuando él había de realizar un trabajo cualquiera de orden intelectual, no podía

pensar ni ocuparse en otra cosa, y se absorbía en vastas lecturas, prolijos esfuerzos de documentación y largas sesiones destinadas a preparar el plan y las grandes líneas del discurso, o a escribir el artículo.

Pocos días antes de la conferencia, me dijo que no la tenía escrita y que en cuanto a la forma iba a confiarse a la improvisación; por lo cual le propuse contratar los servicios de un taquígrafo, para permitirle más fácilmente su reconstrucción. Si le hubiera comunicado el proyecto de colocar una máquina infernal en el salón donde iba a hablar, cerca de la tribuna, creo que no hubiera protestado con tanta vivacidad como lo hizo.

—¿Un taquígrafo? ¡Ni pensarlo! ¡De ninguna manera! Bastaría su presencia para que yo no pudiese hablar. Sólo el imaginarme que los inevitables períodos anacolutos, las ligerezas de la improvisación, las posibles inexactitudes en las citas y referencias estaban quedando indelebles en lo escrito, me quitaría toda libertad para hablar, me atormentaría y me causaría una inhibición absoluta.

Comprendí que era inútil luchar contra aversión tan decidida, y llevando el asunto a la broma le prometí con gran solemnidad que ningún taquígrafo cortaría con su presencia los vuelos de su oratoria. Esta promesa la cumplí *estrictamente*... Tan *estrictamente*, que unos días después le envié la excelente versión taquigráfica que habían tomado dos distinguidas alumnas de la Universidad Católica, las señoritas Isabel Reyes y Esther Allison, comprometidas por mí y convenientemente ocultas en un rincón de la sala de manera que no pudiera verlas el conferenciante.

Por cierto que Riva-Agüero quedó encantado de contar, para reconstituir su conferencia, con la guía utilísima que recibía a pesar suyo, ya que una versión taquigráfica, siempre imperfecta, resulta sin embargo de valor incalculable; celebró conmigo la *pasada* que le había hecho; y con sus maneras de gran señor, envió a las gentiles taquígrafas cariñosos mensajes de agradecimiento.

Desgraciadamente, los hombres tienen los defectos de sus cualidades; y Riva-Agüero tenía el defecto de su erudición enorme y de su exagerada probidad intelectual. Así fué como no quiso publicar esta conferencia sin haberla previamente revisado, ampliado y pulido a su gusto. Si hubiera podido hacer tal cosa, seguramen-

te que de ello habría nacido un libro fundamental: uno de los grandes libros peruanos, de esos que él sabía darnos de tiempo en tiempo. Estaba empeñado en esa tarea, entre otras varias, cuando le sorprendió la muerte.

Yo he creído que no debía quedar enteramente perdida para la bibliografía educacional y para la bibliografía historiológica peruana ese ensayo de una de nuestras máximas cumbres intelectuales; y cuando su prematura e inesperada desaparición me quitó toda esperanza de ver nacer un libro de lo que originalmente fué una conferencia, me decidí a emprender yo mismo una prudentísima revisión de ella, introduciendo en la versión taquigráfica tan sólo aquellos retoques absolutamente imprescindibles. El resultado de ese trabajo, hecho en la forma más mesurada y escrupulosa, es el que la REVISTA ofrece a sus lectores en este mismo número.

Cristóbal de LOSADA y PUGA.